

EL MUNDANO ARTE DE ESCRIBIR

Hace ya mucho tiempo de aquel lejano siglo XXI en el que la gente imaginaba los años venideros como una fuente inagotable de mejorías para la Historia del ser humano.

Los innovadores pensaban en inventos prodigiosos y la más avanzada tecnología, los científicos en medicamentos invencibles para alargar la vida y matar el sufrimiento, los ecologistas en repoblar los bosques y librar los océanos y el aire de la contaminación que los asfixiaba, y los humanistas en acabar con la pobreza y el hambre en el mundo.

Lejos quedan ya todos aquellos nobles ideales. El tiempo ha pasado, la Historia ha crecido y la gente ha olvidado. Quienes entonces luchaban por un mundo mejor hace tiempo que ya no existen. La Humanidad se ha resignado a agachar la cabeza y seguir adelante sin levantar la mirada.

Hace algunos siglos, nadie hubiera podido imaginar que esto acabaría ocurriendo, al igual que un caballero medieval no hubiera podido imaginar que su especie acabaría llegando a la Luna en un armatoste de metal y electricidad.

La gente del siglo XXI fantaseaba con los viajes en el tiempo, con avanzar varios siglos en la Historia y ver de lo que había sido capaz su especie. Me alegro de que nunca construyeran esa soñada máquina del tiempo, así no han podido venir hasta aquí y sentirse defraudados por sus sucesores.

Hace ya tiempo, llegó al poder un hombre en Estados Unidos que tenía las ideas muy claras. Y más tarde, sucedió lo mismo en Brasil. En Alemania. En China. Poco a poco todos los países fueron sucumbiendo a este tipo de gobierno. No era una dictadura, así que nadie le puso medidas. No era malo, así que nadie se preocupó.

Simplemente, era un gobierno diferente. Sus ideas eran un poco extrañas, pero funcionaban, así que continuaron en el poder.

Las medidas que tomaron estas personas, y que en su tiempo trajeron tanta controversia, fueron, en realidad, muy simples: prohibieron escribir.

Prohibieron la literatura.

Nadie se preocupó mucho cuando empezaron a poner este tipo de medidas. Por supuesto, al principio hubo gente que puso el grito en el cielo, pero una vez sofocados las primeras quejas y protestas, el gobierno pudo comprobar que no había mayores repercusiones ante estos actos.

Entonces prohibieron el cine. Y luego la música. Y más tarde, la pintura y la escultura.

Prohibieron el arte.

Al principio, la gente fue reacia a olvidar. En cafeterías se leían en susurros sonetos de Shakespeare y cuentos de Andersen, en las radios se ponía a bajo volumen sinfonías de Mozart y canciones de los Beatles, las reproducciones de obras de Miguel Ángel y Picasso pasaban clandestinamente de unas manos a otras y en cines cerrados se proyectaban películas de Alfred Hitchcock y Steven Spielberg.

Pero el gobierno fue implacable en su tarea y poco a poco, todo vestigio de que el ser humano hubiese creado arte alguna vez desapareció. Las generaciones se sucedieron y con el tiempo, la gente empezó a olvidar.

Dicen que hubo un rumor por aquel entonces de que el gobierno iba a prohibir también internet, pero el número de protestas, amenazas y manifestaciones que surgieron al instante fue tan sumamente elevado que se apresuraron a desmentir el rumor y calmar a la gente.

Así sigue el mundo, a día de hoy. Los únicos libros que lee la gente son aquellos que tienen un fin didáctico. La tecnología y la ciencia han avanzado, pero no tanto como nuestros antepasados del siglo XXI hubieran esperado. El ser humano no ha plantado el pie más allá de la Luna, donde la especie lo dejó allá en el siglo XX. Enfermedades como el cáncer, mortal en aquella época, ya tienen cura, pero otras enfermedades, igual de letales y que incluso hacen más miserables al ser humano han tomado su lugar. La tecnología permite que mucha más gente esté conectada, mucho más rápido, en cualquier momento y en cualquier lugar, y cada vez son más los inventos que permiten hacerle la vida más cómoda de lo que ya es a las personas que pueden pagarlos, pero de poco le han servido al resto del mundo.

Nombres que por aquel entonces prometían ser inmortales hoy han caído en el más profundo olvido. Nombres como Cervantes, o Leonardo Da Vinci, o Beethoven o Charles Chaplin ya no existen, ni tal vez existan nunca más.

Ya nadie lee cuentos a sus hijos por las noches, ni los niños dibujan a su familia en sus primeros años de colegio. Ya nadie tararea melodías, ya nadie llora o ríe con la escena de una película. La gente no lo echa de menos, no se acuerda.

Yo tampoco conocía ninguno de estos nombres, nadie podía habérmelos enseñado. Hasta que llegó aquel profesor a una de nuestras clases...

Llegó un día al instituto, al poco de empezar el año, con aire de persona distraída y unos pantalones que le quedaban tres palmos largos. Se plantó ante la clase y se presentó con voz indiferente:

-Mi nombre es Miguel Millán, y voy a sustituir a vuestra profesora de lengua, Nuria Sanz, quien volverá a daros clase en unos dos meses.

No hubo ni entusiasmo ni miradas defraudadas, así eran las clases de lengua: le quitaban a uno toda la capacidad de sentir de puro aburrimiento. Todos le mirábamos mientras esperábamos que siguiera con la sentencia de reglas gramaticales y análisis sintácticos.

Pero no lo hizo. Se dedicó a repasarnos con la mirada uno a uno, ametrallándonos con sus ojos oscuros cuando nos llegaba el turno. Luego encendió el libro electrónico y preguntó en qué página se había quedado nuestra antigua profesora explicando. Y la clase se volvió a sumir en la rutina habitual.

Eran principios de otoño de aquel año, y el calor parecía haberse espantado ante la mención de la nueva estación. El frío y el viento se habían aliado en su ausencia, y los desprevenidos que salían a la calle sin suficiente ropa de abrigo pasaban por las calles a tal velocidad que temía que arrollaran a algún transeúnte en su camino. Yo caminaba a paso rápido hacia el imponente edificio de piedra gris que ejercía de nuestro oficial carcelario, comúnmente conocido como instituto. Esquivaba personas lanzadas a la velocidad de una bala mientras me preguntaba si llegaría con tiempo suficiente de completar los ejercicios de lengua que nos había mandado el nuevo profesor. Tras dos semanas de clase, Miguel Millán había demostrado una gran capacidad para mantenerse en una especie de estado neutro en todos los aspectos: ni muy estricto ni muy blando, ni muy simpático ni muy borde, ni muy brillante ni muy paleta.

Empujé la puerta de metal cuando llegué y miré el reloj.

-Mierda- murmuré. Salí disparada escaleras arriba, tecleando a toda prisa en el libro electrónico y táctil en el que debía hacer los ejercicios. Tenía la vista fija en la pantalla al llegar al pasillo y doblar una esquina, así que no vi al profesor al que me llevé por delante. Al propio Miguel Millán, nada más y nada menos.

Chocamos y se me cayó el libro al suelo, y a él se le cayó una especie de maletín que llevaba. Soltamos un par de tacos cada uno y nos apresuramos a recoger nuestras propias pertenencias. La pantalla de mi libro electrónico seguía mostrando una página del libro de lengua, pero el cristal se había desportillado y parecía que una enorme telaraña lo cubriese. Miguel recogía unos discos que se habían caído al suelo. Cogí uno que estaba a mi alcance y se lo tendí.

-Lo siento –murmuré-. Llego tarde.

Me miró como si quisiera estrangularme y por un momento pensé que lo haría. Retrocedí un paso sin darme cuenta, pero simplemente me dirigió una mirada que hubiese convertido en piedra a cualquiera y se alejó a grandes zancadas. Solté el

aire que había estado aguantando y di gracias porque no hubiese habido serias repercusiones.

Estaba a punto de seguir mi camino cuando en una esquina entre la pared y las viejas taquillas que ya nadie usaba vi algo tirado en el suelo. Me acerqué y vi que era un libro, uno de los antiguos, un grueso fajo de hojas de papel cubierto por dos tapas de cartón. A veces algún profesor que tenía el radar dos siglos retrasado usaba algunos de esos libros en clase.

Debía haber salido disparado del maletín de Miguel Millán. Lo cogí y lo contemplé como quien contempla un objeto venido de una nave extraterrestre. Era aun más viejo de lo que parecía. Tenía pinta de haberse recorrido el mundo entero, varias veces. Las esquinas estaban dobladas, las páginas amarillentas y las tapas azules descoloridas. Le di la vuelta para ver el título.

“La historia interminable”, rezaba, de un tal Michael Ende. No había oído el nombre en mi vida. El título era, cuanto menos, peculiar, y me pregunté si sería algún tipo de ensayo filosófico sobre Historia o algo así.

Miré atrás, pero Miguel había desaparecido por el pasillo. El libro pesaba lo suyo, pero decidí guardarlo para dárselo más tarde, así que lo metí en mi bolsa y eché a andar en dirección a mi clase.

No tuve ocasión de darle el libro a Miguel en el resto del día. Llegó a clase mandando callar y nos ametralló con análisis sintácticos hasta que se pudieron ver nubes de humo saliendo de nuestros cerebros. Cuando acabó la clase y por fin levanté la vista de la pantalla no tuve tiempo ni de preguntarme si seguiría enfadado, pues ya había salido por la puerta. Hubo otro momento en el que lo vi al final de un pasillo, pero antes de que pudiese acercarme empezó a alejarse en dirección contraria, en lo que a mí me pareció un intento de huida para evitar a alguien, tal vez a la persona que lo había arrollado horas antes. Cuando quise darme cuenta, la última clase del día había acabado y todos los alumnos huíamos en desbandada del instituto.

No recordé que el libro seguía en mi bolsa hasta que advertí su peso golpeándome contra la cadera. Pensé que aquello debía ser una auténtica antigualla, y me pregunté cuánto dinero llevaría en ese momento en la bolsa. De no haber tenido valores morales, en ese momento habría ido a vendérselo a algún museo.

Aquella tarde en mi habitación me aburría estudiando informática. Ya se sabe que hasta contar musarañas cobra gran importancia en un momento de estudio, y esa tarde yo no dejaba de preguntarme sobre qué trataría el libro que se le había caído a

Miguel Millán. Después de echarle la enésima mirada a la bolsa que descansaba en la otra punta de la mesa, la abrí y cogí el libro.

En la contraportada figuraba el resumen y lo leí, perpleja. Hablaba de un tal Bastián y de un reino llamado Fantasia. ¿Qué clase de libro de historia era ese? A lo mejor era la biografía de un explorador raro de esos que se iban al quinto pino a ver si les pasaba algo interesante. Al final del resumen decía que era un clásico de la "literatura". ¿Era esa palabreja algún tipo de tecnicismo o algo por el estilo?

Estaba a punto de devolverlo a la bolsa cuando recordé que si lo hacía debería seguir estudiando informática, y continué mirando el libro con renovado interés. Lo abrí y empecé a pasar páginas, a ver si me enteraba de qué iba. La página en la que empezaba el texto estaba presidida por unas letras extrañas, hasta que me di cuenta de que eran letras al revés, como si estuvieran en un espejo. Empecé a leer, y unas páginas después encontré el título del libro que estaba leyendo en la propia historia.

Seguí leyendo. Y seguí y seguí, y no levanté la vista hasta que noté que me ardían los ojos y en el reloj de la pared vi que era de madrugada. No me lo pensé dos veces. Fui al baño, me eché agua por la cara y volví a la carga, dispuesta a acabar aquel libro costase lo que costase.

Varios cafés a la mañana siguiente parecían no ser suficientes. Si la gente hubiera sabido lo que era un zombi, probablemente me hubieran confundido con uno.

-Menuda cara traes... -me saludó una amiga, Sara, al entrar en clase-. Apesta a café.

El resto de la mañana estuvo confuso. Recuerdo profesores entrando y saliendo de las aulas, discursos monótonos y preguntas que se quedaron sin respuesta. En cierto momento Sara me chascó los dedos delante de la cara.

-¡Despierta! Estás en otro mundo, ¿quieres bajar a la Tierra?

Cuando pronunció la palabra "mundo" llevé la mano involuntariamente a mi bolsa, donde estaba guardado el libro. No es que tuviera intención de devolvérselo a Miguel Millán, simplemente no me había atrevido a dejarlo en mi habitación aquella mañana. ¿Y si alguien lo encontraba y se lo llevaba? ¿Y si me preguntaban de dónde lo había sacado?

De momento el libro estaba a salvo en la seguridad de mi bolsa de tela, pero no podría esconderlo para siempre. Miguel Millán lo reclamaría tarde o temprano. El profesor se había convertido en mi siguiente incógnita. ¿De dónde había sacado un libro como aquel?

Mientras el profesor de alemán se esforzaba en que comprendiésemos lo incomprensible, yo mantenía un debate interno. O dejaba correr el tiempo sin decirle

nada a nadie y me llevaba el secreto a la tumba... o me enfrentaba a Miguel Millán y pedía explicaciones.

Hay quien dice que nosotros no elegimos la oportunidad, la oportunidad nos elige a nosotros. Supongo que eso fue lo que pasó cuando esa tarde pasé por el parque para volver a casa tras un curso vespertino de idiomas extranjeros. Miguel Millán en persona estaba sentado en uno de los bancos, con las manos metidas en los bolsillos del abrigo negro y las piernas cruzadas, descansando como si hubiera ido a escuchar el alegre e inexistente canto de los pajaritos.

Me detuve al verle y redirigí el rumbo para cruzar el camino lo más alejada posible de él, sin saber muy bien por qué. No sirvió de mucho, andaba con la vista fija en el suelo cuando oí pronunciar mi apellido. Me volví hacia el banco. Miguel se sacó las manos de los bolsillos, me hizo una seña para que me acercase y se cruzó de brazos, a la espera. Mi primer impulso fue mandarlo al cuerno por vago y decirle que si quería hablar conmigo se levantase, pero algo hizo que arrastrase los pies a regañadientes hasta el banco.

Pese al frío, el sol parecía haberse apiadado de los pobres mortales y calentaba la ciudad, lo que debía ser la única razón por la cual Miguel no estaba corriendo en círculos para entrar en calor.

Cuando llegué al banco no se movió, se limitó a mirarme desde abajo sin decir una palabra. A cada segundo que pasaba, me parecía que el libro en mi bolsa pesaba más y más. Al final comprendí que el silencio solo se acabaría de una manera y abrí la boca.

-Creo que el otro día se le cayó algo en el pasillo -solté.

-Yo también lo creo. ¿Me lo vas a devolver o tengo que quedarme hasta mañana aquí sentado?

Me puse roja y empecé a revolver en la bolsa. Saqué el libro y se lo tendí. Lo cogió y lo examinó para comprobar que estaba bien.

-El libro está bien, ¿vale? –tanta falta de confianza hirió mi orgullo. Dejé de mirar el libro y me lanzó una mirada que heló el suelo a mi alrededor.

-¿Quieres decir que no lo has abierto? –Preguntó entonces, guardándose el libro en el abrigo- ¿No lo has leído?

-Eh... Un poco –alzó la ceja, inquisitivo-. Sí. Lo he leído –murmuré, con la vista fija en el suelo, esperando no ver la siguiente ráfaga de miradas ametralladoras.

-¿Entero?

-Entero.

-¿Y?

-¿Y qué?

-¿Qué te ha parecido?

Que Miguel Millán me pidiera mi punto de vista sobre el libro raro que le había tomado prestado sin pedir permiso era lo último que me esperaba. Pero presentada la ocasión, decidí no dejarla escapar y preguntarle todo lo que había planeado preguntarle horas antes.

-Es... es un libro raro. No he entendido muy bien la historia que cuenta. ¿Qué clase de historia es esa? ¿Por qué el autor lo cuenta todo de una manera tan rara? Y las personas que aparecen en el libro, las cosas que les suceden, los lugares a los que van... no son reales. No tiene sentido.

Miguel hizo un esbozo de sonrisa amarga (la primera que le había visto desde que le había conocido) y me miró.

-Eso es la literatura.

Otra vez esa extraña palabra. Iba a abrir la boca para preguntar qué significaba cuando Miguel se adelantó.

-La literatura no es real. La literatura no tiene sentido. Porque esa no es su función. La literatura no tiene una función. La literatura es arte, y el arte no sirve para algo. El arte simplemente existe.

-¿Qué es el arte?

Mi pregunta se quedó flotando en el aire sin ser contestada. Miguel parecía estar pensado, con esa cara que tienen las personas cuando están decidiendo si hacer algo o no. Entonces metió la mano en el lado contrario del abrigo en el que había guardado el libro y sacó... otro libro.

Este era más pequeño y mucho más delgado, y blanco. Lo cogió con una mano y puso la portada de cara a mí. Se veía una mancha gris y a una persona tan deforme que me costó reconocerla.

-¿Te interesa?

Guardé silencio, mirando el libro con cara alucinada, estoy segura.

-Si ese cúmulo de cosas sin sentido que has leído antes no te ha gustado, esto tampoco lo hará. Pero dado que llegaste hasta el final... bueno, me arriesgaría a decir que te interesa – y me tendió el libro. Había desafío en su voz, como si me retara a cogerlo.

Me acerqué vacilando y cogí el libro. El nombre del autor parecía francés. “El Principito”, rezaban unas letras negras. Lo guardé en la bolsa bajo la atenta mirada de Miguel Millán.

Un viento helado barrió el parque, como reclamando la atención. El cielo se había nublado mientras hablábamos y toda la ciudad estaba cubierta por un manto de nubes grises que tapaban la apreciada luz del sol. Miguel miró al cielo y luego se levantó, murmurando algún taco y algo sobre el frío. Metió las manos en los bolsillos de nuevo y me saludó con un gesto de cabeza.

-Buen día –y se fue. Me quedé plantada como un pasmarote cuando, unos metros más lejos, se giró como si hubiese olvidado algo y preguntó, llevándose la mano al lado del abrigo bajo el cual descansaba La historia interminable:

-No le has hablado de esto a nadie, ¿verdad?

Negué con la cabeza.

-Bien –y retomó su camino.

Lo seguí con la mirada hasta que la primera gota de lluvia cayó al suelo y me espabilé. Retomé el camino a casa pensando que, de todas las personas extrañas que había conocido, Miguel Millán sin duda se llevaba la palma.

Al día siguiente ya parecía oficialmente que había sido abducida por una nave extraterrestre, aunque claro, nadie relacionó mi nivel de despiste con algo así. Decir que estaba con la cabeza en otra parte era quedarse corto. Básicamente, cualquier pensamiento no relacionado con “El Principito” era automáticamente rechazado por mi mente.

“A Leon Werth cuando era niño”. El autor se había referido a esa primera página como “dedicatoria”. No sabía que los libros se podían dedicar a alguien. Al fin y al cabo, ¿para qué servía una dedicatoria? Los libros no eran para una sola persona, los libros enseñaban a un montón de gente y punto.

En el instituto traté de localizar a Miguel Millán entre todo el hervidero de gente que subía y bajaba escaleras y cruzaba pasillos es un eslabón de competición. Lo encontré en un pasillo del primer piso, apoyado en una pared, ejerciendo de discreto pero presente vigilante, disparando miradas de advertencia a diestro y siniestro.

Me acerqué y sin más le solté:

-Lo he leído.

Él se giró hacia mí y me miró de arriba abajo con expresión perdida y mirada de advertencia, como tratando de localizar mi cara entre todo el elenco de adolescentes

que martirizábamos sus días por aquel entonces. Hizo un gesto vago de asentimiento y se cruzó de brazos.

-Bien. ¿Y?

-Las serpientes no hablan. Y tampoco los zorros. Y no se puede viajar entre planetas colgado de unos pájaros que emigran. Es absurdo –dije, intentando sonar lo más indiferente posible. Ciertamente, el libro era un imposible tras otro. Aun así, lo había leído entero y al acabar no había podido evitar sentir un peso en el pecho.

Miguel Millán me miró con cara de póker.

-¿Algo más?

Antes de que pudiera abrir la boca el timbre resonó por el instituto, alguien llamó a Miguel y yo perdí mi oportunidad. Volví a clase arrastrando los pies, pensando que, al menos, tan solo una hora más tarde ya estaría de camino a casa.

Al haberse convertido China en una de las grandes superpotencias del momento, el chino era un idioma que había adquirido cierta importancia en la sociedad. Todavía no se estudiaba en los institutos, razón por la que mis padres habían decidido apuntarme a aquel curso de idiomas extranjeros. Supongo que el mandarín no era más comprensible entonces que en el siglo XXI, cuando a casi nadie se le pasaba por la cabeza aprender chino, pero a la hora de labrarte un futuro y bla bla bla no importaba lo difícil que fuera algo: simplemente había que hacerlo.

Irónicamente, de alguna manera le debo mucho a ese curso, pero no precisamente por sus ilustrativas clases de garabatos, sino porque era la razón de que cada tarde tuviera que salir de casa y atravesar el parque para llegar a la academia.

Aquella tarde volvía de la academia con la mirada fija en el suelo, pero al llegar al parque tuve una corazonada y levanté la vista. Y allí estaba Miguel Millán de nuevo, con el mismo abrigo y la misma postura, como si la tarde anterior nunca se hubiera levantado de aquel banco.

Reprogramé mi cerebro al verlo y me acerqué lentamente. Sé que me oyó llegar, pero no me miró ni hizo ningún gesto hasta que abrí la boca:

-¿Por qué hay una dedicatoria a un tal Leon Werth?

Aquella simple pregunta arrancó una breve sonrisa al hombre imperturbable.

-Antes era costumbre escribir una dedicatoria en los libros. Porque sí. Era otra forma de decirle a una persona que era importante. O no. A veces era solo una forma de hacer un chiste o un panegírico, o de protestar. Era la forma que tenía el escritor de presentarse a sus lectores. Pero, ¿sabes? antes, cuando los libros eran algo más común, esta era considerada una de las mejores dedicatorias de la historia.

No había leído muchas más dedicatorias (por no decir ninguna), pero estaba de acuerdo. La dedicatoria a Leon Werth era como un anticipo de lo que el libro iba a contarte. El autor me había caído bien al leerla. Pero algo de lo que había dicho Miguel no cuadraba en el esquema.

-¿Antes... cuando los libros eran algo más común?

Me miró como se mira a un niño pequeño inocente e ignorante y frunció el ceño.

-¿Qué sabes de política?

Miguel Millán se estaba ganando a pulso el sobrenombre de hombre de las preguntas inesperadas. Pero después de dos años estudiando ciencias políticas en el instituto, aquella pregunta era una ofensa a mi supuesta capacidad intelectual.

-Sólo lo que nos enseñan en el instituto –repliqué.

-Ya, bueno. En el instituto no lo explican todo –suspiró-. Verás, los políticos son la causa de que tú estés hoy aquí haciendo ese tipo de preguntas. Hace tiempo, un par de siglos, año arriba año abajo, la literatura, el arte, era parte del día a día de las personas, más de lo que algunas imaginaban. Pero entonces ellos prohibieron el arte. Fue una especie de operación conjunta entre los altos cargos de los países. Parece ser que todos estaban de acuerdo en erradicar el arte. Nadie lo vio venir hasta que fue demasiado tarde.

Guardé silencio hasta que quedó claro que él no iba a continuar si yo no le daba cuerda.

-¿Por qué lo prohibieron?

-Quién sabe. Tal vez pensaron que sin el arte la gente sería más fácil de controlar. Tal vez creyeron que el arte no tenía una función que debía tener y al no ser útil la eliminaron. Últimamente las cosas que no parecen tener una función práctica no están muy bien vistas. Quién sabe –repitió-. Ahora nadie va a preguntarles. Tal vez ni ellos mismo se acuerden. Lo importante es que lo hicieron y ahora esto es lo que nos queda –no había rabia ni amargura en su voz, ni siquiera derrota. Más tarde aprendería que Miguel Millán no se andaba con recuerdos nostálgicos ni ñoñerías, afrontaba la realidad tal como venía.

Saqué el libro de El Principito y se lo tendí. Lo cogió y esperé a que sacara otro libro de su abrigo, bazar de maravillas, pero simplemente se quedó mirando la portada.

-¿Sabes? Lo primero que prohibieron fue la literatura. El arte de escribir. Costó, pero consiguieron erradicarlo. Luego el resto fue más fácil.

-¿Qué es la literatura?

Le dio con la palma de la mano a la portada del libro.

-Esto es literatura –aclaró, pasando de explicaciones largas.

Iba a preguntarle si me iba a dejar otro libro cuando se levantó y enfiló en dirección a la salida del parque.

-Ven conmigo.

-¿Adónde?

-¿Quieres otro libro? Porque no puedo llevar toda una biblioteca encima.

-¿Biblioteca?

Por un momento me pareció que me iba a mandar a tomar viento fresco, pero se controló y repitió.

-Ven.

Dudé, pero al ver que se iba alejando sin esperarme eché a andar tras él a grandes zancadas para alcanzarle.

Miguel Millán vivía en una casa gris que probablemente en el siglo XXII ya era vieja. Por lo menos por dentro no tenía un aspecto tan deplorable como por fuera, aunque el gusto de Miguel por la decoración dejaba que desear.

Me quedé mirando con curiosidad lo que había en el salón mientras Miguel se acercaba a una estantería. Se apoyó en un lateral y empezó a empujarla hacia un lado, mientras yo lo miraba, entre asombrada y expectante.

-Por si vuelve la Inquisición –aclaró él al ver mi expresión. Tenía un tono que hacía que nunca supiese si hablaba en serio o me tomaba el pelo.

Detrás de la estantería se abrió un hueco oscuro. Miguel se metió por él y tras un momento de duda, lo seguí. De repente, la habitación al otro lado de la pared se iluminó.

-Bienvenida a una biblioteca –dijo Miguel con sarcasmo.

Las paredes rojas estaban algo descoloridas, pero apenas se notaba: las estanterías llenas de libros y libros atraían más la atención. Libros de los de antes, de los de papel, como los que Miguel me había dejado esos días. Uno tras otro, lomo con lomo, en un estante y otro y otro. En aquel momento me impresionó tal cantidad de libros, pero en el siglo XXI la habitación secreta de Miguel ya se habría atribuido mucho mérito tan solo con llamarse “biblioteca”.

-¿Son todos tuyos? -Pregunté, mientras me acercaba para echar un vistazo.

-Bueno, digamos que están aquí pero no reclamo el derecho de propiedad. Muchos de estos libros no han salido de aquí en mucho tiempo, tal vez desde que su primer propietario decidió esconderlos para salvarlos de la masacre literal de aquellos días. Ya ves, aquí todos escondidos, condenados al olvido eterno.

Yo iba mirando los títulos con la cabeza inclinada para poder leer en vertical, sin atender mucho al monólogo de Miguel. Un libro que debía pesar varias toneladas, con un título largo y ampuloso, estaba escrito también por un tal Miguel. Pero había más y más.

-¿Puedo elegir uno? –pregunté, entusiasmada como una niña pequeña.

-No te he traído aquí para que me des tu opinión sobre la decoración.

Para no responder con un comentario sobre la penosa decoración de la casa, que tal vez me hubiera conseguido un billete de regreso a la calle, seguí mirando con atención los títulos que se amontonaban en las estanterías. Al fin mi mano se detuvo en un lomo blanco con letras pequeñas y saqué el libro de la estantería. En esta portada sí que había una fotografía, pero la calidad era pésima y además estaba a blanco y negro. Carlos Ruiz Zafón, *La sombra del viento*, anunciaban las letras azules y blancas en contraste con el fondo.

Me giré hacia Miguel para enseñarle mi elección. Dio su aprobado con un leve gesto de cabeza y una mirada de indiferencia. Lo guardé en mi bolsa mientras seguía mirando la habitación.

-¿Los has leído todos?

-Y releído la mayoría. Algunos de estos libros los he conseguido yo por mi cuenta. Pero el mercado negro no es muy generoso con la literatura –sonaba contrariado-. Hoy en día cuesta un ojo de la cara encontrar poesía anglosajona, y el otro poder comprarla.

-¿Poesía?

Una vez más pareció exasperado. Fue hasta un estante y cuando regresó me tendió un libro pequeño, con la portada sobria pero elegante. “*Rimas*” de Gustavo Adolfo Bécquer. En otras circunstancias me habría reído de un nombre como Gustavo Adolfo, pero lo de Bécquer (en letras más grandes) me impuso respeto.

-Llévate este también. Tanta ignorancia junta no le va bien a esta casa.

Me mordí la lengua de nuevo para no replicarle, y así seguí hasta que crucé la puerta del viejo caserón, pero de camino a casa pensé que, si las pullas de Miguel eran el precio a pagar para que siguiera dejándome libros, bien valía la pena aguantarlas.

Esos días aprendí que poesía significa decir las cosas de otra manera.

Eso fue lo que le dije a Miguel cuando volví a verlo una de esas tardes en el parque. Saqué el libro de Bécquer y se lo devolví, consciente de que había demorado mucho el momento de devolvérselo. Todavía estaba leyendo el otro libro. Leer sólo en momentos de completa soledad obstaculizaba notablemente mi lectura, sobre todo porque necesitaba las noches para dormir: no podía sobrevivir eternamente a base de café.

Aquel pensamiento sobre la lectura a escondidas me recordó una de las cosas que quería preguntarle a Miguel. Tironeé de la cuerda de la bolsa que me colgaba del hombro hasta que al fin abrí la boca.

-El otro día dijiste que la gente ya no se acuerda de esto, de los libros... entonces, ¿sigue estando prohibido? –pregunté, soltando por fin la duda que me tenía en vilo desde hacía días.

-Sí, supongo que sí –Miguel se lo tomó con calma-. Bienvenida a la clandestinidad.

-Ah –a lo mejor Miguel no pensó que yo me podía echar atrás si sabía que todo eso estaba al margen de la legalidad. Pero supongo que los adolescentes no han cambiado mucho desde el siglo XXI y todavía siguen las mismas normas: si no se puede, hay que hacerlo. Pero Miguel Millán no era un adolescente-. Entonces ¿por qué haces esto?

-Por amor al arte, por supuesto.

En aquellos días me estaba empezando a hacer una idea de lo que era el arte. Por amor a él me parecía una buena razón.

-Además, la Historia deber ser recordada tal y como sucedió, y está siendo manipulada al ocultar el arte. Los libros y los escritores son parte de esa Historia oculta.

Aquel día Miguel parecía de buen humor, así que me arriesgué.

-¿Los escritores?

-Los autores de los libros. Una especie por largo tiempo olvidada. Cervantes, Shakespeare, Molière, Dickens, Wilde, Poe, Dumas, Austen, Shelley, -conforme continuaba con su recital me pregunté si podría seguir así hasta el infinito. Probablemente sí, pero se contuvo -Stevenson, Tolkien, Verne, Doyle... Tantos y tantos a lo largo de los tiempos para que lleguen unos infelices en el siglo XXI y los conviertan en una especie en peligro de extinción.

-¿Todavía quedan? –pregunté.

-Alguien más habrá enseñado los libros a otras personas y alguno que otro se negará a resignarse. Pobres diablos, sus obras nunca se publicarán, pero supongo

que eso no es lo importante. Para algunos, escribir es un principio vital, algo así como respirar.

Yo todavía estaba tratando de imaginarlo. Me resultaba difícil pensar en el nombre de un escritor que no estuviera cubierto de polvo y olvido.

-Si no publicas... ¿también eres escritor? –pregunté.

Me miró con aire despectivo.

-¿Es que crees que el título de escritor te lo dan en una oficina? Estamos hablando de escritores, no de “publicadores”. Lo de ser escritor no es algo que se firma en un contrato. Es algo que se lleva dentro.

Tras la filosófica respuesta de Miguel quise callarme y no abrir la boca, pero la tentación fue más fuerte.

-¿Tú eres escritor?

Miguel Millán no contestó a la pregunta. Por alguna razón parecía enfadado. Nos quedamos en silencio hasta que mi reloj se iluminó anunciando que ya debía estar de camino a casa.

Tras aquella conversación con Miguel Millán acudí varias veces a su casa para que me siguiera prestando más munición. Muchas veces me lo encontraba en el parque y era allí donde él aguantaba mis interminables preguntas y donde yo aguantaba sus cínicos comentarios. Se acabó convirtiendo en una relación de soportarnos mutuamente por el bien común. Ninguno nos quejábamos.

Una de esas tardes me quedé callada durante mucho rato. Era una de esas veces en las que quieres preguntar algo y no te atreves porque no sabes cómo reaccionará la otra persona. Tras varios intentos de abrir la boca y acobardarme al final, pregunté:

-¿Crees que yo podría hacerlo? –me miró inquisitivo y seguí.- Escribir.

Él miró a lo lejos y sonrió.

-Claro, ¿por qué no? Supongo que ese es mi cometido en mi efímero paso por el mundo. Volver a repoblar el mundo de esa especie olvidada.

Lo miré con el ceño fruncido tratando de adivinar si se estaba burlando de mí, hasta que decidí que no. A veces era complicado saber si Miguel Millán hablaba en serio o usaba un sarcasmo más disimulado de lo habitual.

Sin embargo, si aquel día me tomó en serio, hacer algo como lo que había hecho gente como Michael Ende me parecía algo demasiado grande.

-Pero... es complicado, ¿no? –dije, dudando-. Se necesita preparación, aprender... Esos escritores de antes hacían grandes cosas... Y los que escriben ahora no...

-¿Sabes? Antes también había mucha gente, gente desconocida, que escribía así sin más, porque quería. Tampoco era necesario publicar.

-Entonces... ¿solo hace falta ponerse a escribir y ya está? ¿Tan fácil?

-Tan fácil.

Por alguna razón me costaba creerlo.

-Por supuesto –continuó Miguel-, no se puede escribir de maravilla en el primer momento. Se necesita práctica, experiencia. Normalmente leer mucho. Ahora es complicado que encuentres un profesor que te enseñe algo así, así que supongo que los libros son los mejores profesores que puedes encontrar. Tendrán que bastar. Y esos escritores “de antes” también tuvieron tu edad en algún momento.

-Pero no estaban en una sociedad donde los libros y el arte de escribir era algo clandestino –repliqué, burlándome.

Miguel se quedó pensativo, mirando al infinito. Al final una media sonrisa asomó a sus labios.

-¿Sabes? Había un escritor que decía: “Para escribir solo hacen falta dos cosas”.

Hizo una pausa y lo miré, expectante.

-“Tener algo que decir, y decirlo”.

Esos días me pregunté en muchas ocasiones si yo tenía algo que decir. Entonces pensé que todo el mundo tiene algo que decir, pero pocos lo dicen, porque piensan que nadie los escucha o porque les preocupa lo que pensará el resto. Lo bueno de escribir es que nadie tiene por qué leerlo.

Así que esos días escribí. Y también el resto de mi vida. A veces eran historias cortas, sin mucho sentido, sobre castillos mágicos y vendedores de tiempo. Otras veces reflexionaba un poco sobre el mundo y llenaba páginas y páginas de filosofía casera. Nunca sabría si lo que había escrito era bueno, porque nunca se publicaría nada. Por lo menos en ese momento. Me gustaba pensar que llegaría un día en el que se levantaría la prohibición y el arte volvería al mundo, y las especies olvidadas serían de nuevo recordadas.

También había veces que pensaba que no importaba si alguien acabaría leyendo mis textos o no, pues al fin y al cabo, ¿quién decide qué es arte y qué no lo es?

Pero a veces el escritor anónimo no se contenta sólo con el silencio. ¿Le dejé a Miguel Millán, la única persona a la que podía enseñarle lo que hacía, leer algo de lo que escribía? Bueno, si él escribía nunca me dejó leer nada, y la nuestra era una relación entre iguales. Al menos eso quería pensar yo, pero lo cierto es que él siempre ganaba. Yo siempre le acababa dejando algo de lo que había escrito.

Por aquel entonces yo ya era consciente de que el arte no se limitaba solo a la literatura. Un día, hablando de un libro que estaba ambientado en el siglo XXI, me puse a preguntarle sobre las películas. Me parecían libros, pero en movimiento en una pantalla. Como dos versiones de una misma historia. Miguel puso su cara de persona pensativa y luego se levantó del sillón.

-Ven conmigo –dijo. Esa vez obedecí sin rechistar.

Salimos al frío aire de diciembre y anduvimos por las calles un buen rato. Después de cruzar media ciudad, Miguel se detuvo ante unos apartamentos grises. Pulsó el timbre del último piso y tras unos instantes la puerta se abrió. Subimos hasta el ático en ascensor y salimos a un rellano donde había una única puerta entornada. Cuando nuestras pisadas resonaron sobre el suelo blanco la puerta se abrió del todo. Al otro lado había una mujer joven, con el pelo corto y moreno. Recibió a Miguel con una sonrisa, como si se conocieran de toda la vida, y después centró su atención en mí.

-¿Qué, has encontrado una sucesora? –le preguntó, con tono de broma.

-Algo así –respondió Miguel, encogiéndose de hombros.

La mujer se dirigió a mí.

-Me llamo Nerea. Bienvenida a mi humilde morada. Supongo que Miguel no te ha traído sólo a hacer una visita de cortesía.

Me encogí de hombros. A saber lo que pasaba por la cabeza de Miguel Millán.

-¿Tienes la de la última vez?

-La duda ofende –contestó Nerea, internándose en el piso.

Miguel me indicó con un gesto que la siguiera. Era un piso sencillo y elegante, nada que ver con la vieja casa de Miguel. Nerea nos llevó a una habitación que abrió con llave, en la que no había nada salvo unas butacas en el centro, encaradas hacia una pared, y una estantería con un aparato extraño en la pared opuesta. Me acerqué a curiosear.

-No toques el proyector –me advirtió la voz de Miguel. Le hice caso y me aparté.

-Ponte cómoda –dijo Nerea mientras se acercaba al proyector. Me dejé caer en una butaca al lado de Miguel.

-¿Qué sabes de la Segunda Guerra Mundial? –me preguntó Miguel mientras Nerea trajinaba por detrás.

-No mucho. En el instituto hablamos más de la Tercera. Es más reciente.

Entonces Nerea apagó las luces y un haz de luz se proyectó en la pared blanca. Unos nombres empezaron a moverse por la pantalla, como si fueran unas marcas patrocinando un programa.

“Esta es una historia sencilla, pero no es fácil contarla.” Empezó a decir una suave voz de hombre. Luego apareció un antiguo coche en un camino rodeado de colinas verdes. Arezzo, Italia, 1939, rezaban unas letras blancas. Contuve la emoción de saber que estaba viendo una película.

Reí como nunca, y también lloré. Era bonito, no como un libro, ni como algo mejor ni peor, sino como algo diferente. Miguel me dijo que se llamaba *La vida es bella*. Estuve de acuerdo.

Cuando nos despedimos, Nerea me dijo:

-Vuelve cuando quieras, aquí siempre tienes la puerta abierta.

En mi ciudad apenas nevaba. Yo solo había visto las calles cubiertas de una fina capa blanca un par de veces en mi vida. Y aun esas veces, la nieve no solía durar mucho: las quitanieves pasaban con sus bandas calefactoras y la derretían antes de que dificultasen el tráfico o cualquier otra actividad.

Pero aquel año nevó tanto que el ayuntamiento se lo pensó dos veces antes de pasar las quitanieves bajo riesgo de sufrir una inundación. No había mucha gente que saliese a la calle, por el frío y porque no estaba acostumbrada a oír la nieve crujir bajo sus zapatos. Tampoco había niños que saliesen a tirarse bolas de nieve o a dar vida a muñecos de nieve. Una nevada así era muy diferente a una del siglo XXI.

El día de la nevada, que no consiguió cerrar los institutos ni mucho menos, busqué a Miguel Millán para hablar con él. Lo encontré, como de costumbre, en el primer piso, ordenando a los alumnos más mayores que no se desmadrasen.

Lo llamé y se acercó con cara de malhumor.

-¿Qué quieres?

-Los profesores de mi curso han organizado un viaje a unas cuantas ciudades del norte para ver unos museos de ciencias. Vamos a estar fuera varios días, así que no voy a estar hasta la semana que viene.

-Sobreviviré –aseguró Miguel.

-Ya, pero tengo que devolverte el último libro que me dejaste. Tulipanes de Marte, ¿recuerdas?

-Recuerdo. Pásate esta tarde por casa.

Fui a casa de Miguel a devolverle el libro. Me paseé un poco por su biblioteca, pensando qué libro podía coger cuando volviera. No me iba a llevar ninguno al viaje, no quería que alguien lo descubriera por accidente. Miguel leía algo en un sillón cuando me dirigí a la puerta para marcharme.

-Espera –me llamó. Se levantó del sillón, cogió algo de un aparador y me lo lanzó. Lo atrapé y vi que era una llave.

-Así no hace falta que esté aquí para que puedas venir –dijo Miguel volviéndose a sentar-. Y si estoy no hace falta que me levante.

No sabía si darle las gracias por su amabilidad o un capón por su pereza. Al final simplemente me despedí con un breve “adiós”.

Los museos eran como la vida: había de todo. Unos resultaron ser interesantes y otros fueron mortalmente aburridos. Sin embargo, tras varios días de correr de un autobús a otro y de ver un museo tras otro sin parar un momento, se agradecía volver a la rutina. Volvimos un lunes por la tarde, con los profesores tratando de poner orden en el autobús y haciendo preguntas sobre el viaje, mientras nosotros fingíamos que habíamos aprendido más cosas de las que en realidad recordábamos. Cuando llegamos a la ciudad los últimos rayos del sol escapaban tras los edificios, revelando que la nieve ya se había derretido.

Al día siguiente no vi a Miguel en su habitual puesto en el primer piso. Se habría cansado de hacer de vigilante perpetuo. Cuando llegué a la clase de lengua, quien estaba trajinando con sus cosas en la mesa del profesor no era Miguel, sino Nuria, nuestra antigua profesora. Me quedé parada en la puerta hasta que alguien me dio un empujón por detrás y me hizo avanzar hacia mi sitio. El calendario marcaba el 12 de diciembre, exactamente dos meses después de la llegada de Miguel.

El resto de la clase apenas notó el cambio de profesor. Echaron una rápida mirada para confirmar que la misma antigua profesora había vuelto y pusieron la misma cara de tedio para la misma aburrida clase.

No volví a ver a Miguel Millán. Fui a su casa para despedirme, pues se había ido del instituto sin avisar, pero llamé al timbre en vano. Iba a sacar la llave que me había dado Miguel cuando unos vecinos me dijeron que se había marchado el día anterior. Cuando les pregunté a dónde, no supieron contestarme.

Miguel Millán no era alguien que se anduviese con ñoñerías, así que supongo que no le gustaban las despedidas. O eso, o no tuvo la ocasión de hacerlo. En su momento intenté no pensarlo, pero era una posibilidad que no se hubiera ido por voluntad propia. Aunque prefiero pensar que pasaba de despedidas y prefería irse dejando un halo de misterio tras de sí, como buen personaje de novela que era.

Si alguien me preguntase dónde estaba Miguel Millán, no habría sabido responder, pero me lo imaginaba en alguna ciudad llena de gente y humo, con aquel aire de don nadie y sus pantalones tres palmos largos, fingiendo haberse resignado al mundo cuando en realidad paseaba por sus calles con un secreto guardado en el alma, ametrallando con la mirada a todo aquel que se acercase, buscando a alguien con quien compartir el recuerdo de una especie olvidada.

Miguel Millán no era un revolucionario. No era un héroe que desafiase a un gobierno represivo y no hizo amago de querer serlo. Simplemente era un enamorado de los libros que se negaba a olvidar y si rompió las reglas fue, como él decía, por amor al arte.

Esto no es un discurso conmemorativo ni un epitafio, para los que quieran ponerse en lo peor sobre la desaparición de Miguel Millán. Esto es una historia, como las que antes de narraban, sobre un mundo resignado y sobre la persona que me enseñó el mundano arte de escribir.

Samuel Waitiki